FOND O RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad. — Queda hecho el depósito que marca la lev.

## BIBLIOTECA I TORRITARIA U. A. S. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REVS"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

## LA SULTANA PARISIENSE

1

No cabe duda que este pequeño recinto, situado al fondo de una de las casas más lujosas del boulevard Malesherbes, es el boudoir de una mujer elegante, joven y hermosa. No puede uno engañarse al ver este diván forrado de satén brochado de color gris perla, este reloj de sobremesa de porcelana de Sajonia, este espejo de Venecia, estos pequeños estantes llenos de figuritas, esta alfombra de Smyrna, estos almohadones cubiertos de guipure y todas estas sillas de respaldo bajo, creación parisiense para presentar con comodidad la espalda á las llamas de la chimenea al empezar á sentirse los primeros fríos del invierno.

Pero la imaginación, dispuesta á correr en busca de la diosa del santuario, se queda fría al ver los objetos que atestan los muebles. Detiénese asombrada y se vuelve á mirar y se pregunta si aquella habitación que de pronto se tomara por un boudoir no es el gabinete de trabajo de uno de los miembros más serios de la Sociedad Geográfica.

LA SULTANA PARISIENSE

En efecto, el diván desaparece en su mayor parte bajo la infinidad de libros y folletos editados por Hachette, Arthus Bertrand, Delagrave, Lassailly con títulos como los que siguen: En el centro del África, L'Albert Nyanza. El río blanco, Ismaila y los Grandes descubrimientos geográficos.

Varios números de los Anales de los viajeros invaden los rincones y una débil silla de bambú dorada se dobla bajo el peso del famoso Atlas de Historia y Geografia de Bouillet.

Ni el mismo satén que cubre las paredes ha sido respetado; vense á él suspendidos con alfileres un mapa de Stieler de Gotha, otro de Brué, una revista de Emilio Levasseur, del Instituto, y algunos dibujos de Malt-Brun, de Petermann y del vizconde Bizemont, destinados á dar á conocer los descubrimientos de Burton, Sereke, Grant, Lavingstone y el doctor Cuny.

Sobre una preciosa mesita de ébano con incrustaciones de nácar se eleva, en forma de pirámide, parte de la colección del Boletín de la Sociedad Geográfica; la otra parte de esta obra vace en el suelo junto al diván. Sobre la chimenea se ven entre el reloj los candelabros, dibujos de Schivenmfurth, el gran explorador alemán, y una vista del lago Albert.

En medio de todos estos muebles, que parece haber tomado la ciencia por asalto, destinándolos á otro uso de aquel para que fueron construídos; entre aquellos asientos asombra dos de verse convertidos en estantes de biblioteca, sólo una sillita baja ha quedado libre; han creído sin duda deberla reservar para el uso particular de la dueña ó del dueño de aquel lugar.

Dan las ocho y aparece una mujer. Puede tener de veintitres à veinticinco años y parece muy bien formada, á pesar de ser bastante alta. Su cabeza es de las más lindas y su cuello de un gracioso torneado; sus hombros son anchos y tienen una caída elegante, su pecho está lleno sin ser abultado; salientes caderas, y su pie, que es pequeño, delgado y nervioso, que parece hecho para sufrir grandes marchas, se oculta bajo los pliegues de un vestido de color

Es rubia, y sin embargo sus facciones son enérgicas; se ve voluntad y aun temeridad en aquella espaciosa frente y aquella recta nariz, energía en aquellos ojos de un azul gris; su boca, de suaves contornos, debe saber decir cosas muy dulces, pero también dar órdenes. Se nota en aquella fisonomía una mezcla curiosa de bondad y resolución, de amabilidad y firmeza, de alegría y pesar.

Se ve que ha vivido, ha sufrido, y sin embargo, hay momentos en que la limpidez de su mirada, su fresca sonrisa y algunos de sus movimientos parecen indicar que empieza á vivir. Cualquiera diría que es una viuda que no ha estado casada bastante tiempo.

No bien hubo entrado en el boudoir apareció

un criado y la entregó un número del periódico inglés *The Times*. Rompe inmediatamente la faja, dirige una mirada distraída á las primeras columnas, se detiene de pronto, lanza una exclamación, se dirige á un velador encima del cual hay una lámpara encendida, y recorre con interés las líneas siguientes, que lee sin traducirlas:

«Los diarios de New-York nos traen hoy minuciosos detalles acerca del encuentro del gran viajero Livingstone y el americano Enrique Stanley. Sabido es que mientras el Foreign-Office se contentaba con pedir á sus agentes noticias de nuestro ilustre compatriota, asesinado según decían en el camino de Zanzibar al lago Tanganyika, el New-York Herald mandaba á uno de sus corresponsales al Africa Austral, entregándose á activas pesquisas.

Enrique Stanley recorría desde hace dos meses el país; desde donde Livingstone mandó noticias suyas por última vez á Europa, euando al llegar al Ujiji, supo que habitaba un blanco aquellos países. En seguida redobló sus esfuerzos, estimuló el celo de su genio, y después de muchos trabajos llegó á encontrarse frente á quien la Inglaterra y el mundo entero creían muerto.

«Cuáles fueron nuestras primeras palabras» dice Stanley, confieso que no lo sé. Pregunguntas recíprocas sin duda: ¿Por dónde habéis

venido? ¿dónde estabais desde hace tanto tiempo? Pero no podría citarlas con exactitud, pues estaba absorto. Tenía la mirada fija en aquel hombre, estudiándolo y aprendiéndomelo de memoria. Cada pelo de su barba gris, cada arruga, la palidez de sus facciones, su aspecto fatigado y el ligero tinte de fastidio que en él se veía, me enseñaban lo que quería conocer desde hacía mucho tiempo. ¡Cuántas cosas en aquella contemplación mudal ¡Qué interés en aquella lectural Al mismo tiempo le escuchaba. Sus labios, que nunca han mentido, me daban detalles. Tenía tantas cosas que decir, que empezaba por el fin, olvidando que tenía que dar cuenta de cinco ó seis años. Pero la relación de sus descubrimientos se agrandaba, convirtiéndose en una historia maravillosa.

Entonces Livingstone interrogó á Stanley—provigue el Times.—¿Qué ha sucedido en el mundo durante estos seis años? Nada, ¿no es cierto?... La vieja Europa sigue siendo más sabia que el Africa; sus pueblos saben conservar la paz; no se destrozan entre sí, como las tribus entre las cuales he vivido tanto tiempo.

—¡Ah! os equivocáis, doctor. Vuestra sabia Europa acaba de ser ensangrentada por una lucha horrible... Un millón de alemanes ha invadi lo la Francia, han tenido lugar grandes batallas y han perecido más de 100.000 hombres. París, sitiado durante seis meses, ha tenido que rendirse obligado por el hambre.

Guardó silencio algún tiempo, y luégo prosiguió:

—¿No ha habido más que la guerra entre Francia y Prusia?

-No. España se ha sublevado, Isabel ha

sido destronada, el general Prim asesinado y continúa la guerra civil.

-¿Y la ciencia ha hecho algún progreso durante esos seis años? ¿No tenéis que hablarme de ninguna de esas grandes conquistas pacificas, que son solas las que honran una nación, iluminan un siglo?

—Sí, se han puesto cables trasatlánticos en el Océano, se ha abierto el canal de Suez, ya se unen el Mediterráneo y el mar de las Indias. Un ferrocarril une el Océano Atlántico y el Pacífico.

El rostro de Livingstone estaba resplandeciente.

Stanley permaneció cuatro meses con Livingstone. Recorrieron juntos las riberas de Tanganyika é hicieron nuevos descubrimientos en pro de la ciencia. Después de esta exploración, el enviado de América quiso decidir á su compañero á que volviese á Europa á recuperar sus fuerzas, ver otra vez su país y á su familia y amigos.

—No, no—repuso Livingstone;—mi deber no se ha cumplido aún. Los amigos de quienes me habláis desean que termine mi obra; mi país espera de mí ese último esfuerzo; hasta mi misma hija ha tenido el valor de escribirme:

«¡Por grande que sea mi deseo de veros, prefiero que realicéis vuestros planes de modo que quedéis satisfecho, más bien que volváis para serme agradable!»

—Bien pensado, hija mia. «Nada ha podido decidirle, No le bastan diez años de descubrimientos; no sueña más que en otros nuevos. Livingstone no es un viajero, es un misionero á quien no abaten los sufrimientos. Este hombre, cuya audacia asusta, pero de una justicia inalterable y un carácter siempre igual, es adorado de su pequeña caravana de árabes y negros. Diez misioneros como él civilizarían el Africa en algunos años,

Al ver Stanley la resistencia de Livingstone, tuvo que regresar solo; pero, ¡gloria á él! Ha llenado noblemente su misión, está vengado de las gentes que han dudado de su veracidad, y el *Times* le da las gracias en nombro de Inglaterra.»

El periódico que contenía este artículo cayó de las manos de la joven. Permaneció de pie apoyada contra la chimenea, sujetándose la cabeza con ambas manos, entregándose al parecer á una profunda meditación.

De pronto tomó una resolución, abandonó la chimenea, se sentó delante de un pequeño bureau y escribió tres cartas concebidas en los términos siguientes:

## «Muy señor mío:

Si no os asusta pasar una velada conmigo y dos de vuestros amigos, tendré mucho gusto en ofreceros una taza de té mañana á las nueve.

Recibid los mejores cumplimientos de

LAURA DE GUÉRAN.

Los tres personajes á quienes escribió la señora de Guéran se apresuraron á acudir á la cita. Fueron recibidos, no en el boudoir geográfico, sólo ella penetraba allí, sino en un salón amueblado con sumo gusto.

Cuando estuvo servido el té, á las diez, levantó la baronesa la cabeza, miró frente á frente á sus convidados y les dijo, después de haber vencido una emoción de las más visibles:

-¿De modo que me amáis, caballeros?

Asombrados de esta entrada en materia tan brusca, de este ataque tan imprevisto, no supieron qué aire adoptar, y uno de aquellos caballeros, más atrevido que los demás, iba á hacer uso de la palabra; pero la baronesa le hizo ademán de que callase y prosiguió:

-Al deciros que me amáis, es porque os creo unos caballeros incapaces de pensar en casarse sin sentir un amor verdadero hacia la mujer que solicitáis. Pero los tres habéis pedido mi mano, creo que ninguno intentará negarlo. Vos, señor de Morin-prosiguió volviéndose hacia un joven de treinta y cinco años, alto, distinguido y puesto de una manera irreprochable,—me habéis enviado como embajadora á la señora de Genevray, á quien estimo mucho. Vos, señor Perières, me habéis escrito, y en cuanto á vos, señor Desrioux, me habéis hablado. No cabe sobre esto ninguna duda.

Los señores de Morin, Perières y Desrioux se miraron, cambiando una sonrisa, y en lugar de contestarle se contentaron con inclinarse ante ella.

-Estoy muy agradecida, caballeros-repuso,—del honor que me habéis hecho. ¡Oh! no protestéis, os hablo seriamente y os suplico no veáis la menor ironía en mis palabras. Sí, lo repito, estoy muy agradecida del sentimiento respetuoso y afectuoso que parecéis tener hacia mí; pero permitidme os diga que no me parece bastante justificado, porque apenas me conocéis.

Los tres jóvenes quisieron protestar, pero no

les dejó tiempo de hacerlo.

-Tengo un título-prosiguió,- una gran fortuna, soy viuda y bastante bien emparentada para ser recibida en los mejores salones si tuviese deseos de lucirme; apenas tengo veinticinco años y soy suficientemente hermo sa. He aquí todo lo que sabéis de mí, y nada más. Es preciso pues que sepáis lo que ignoráis, y yo me encargo de poneros al corriente.

Una vez terminado este preámbulo, se levantó, llenó de té las tazas de sus convidados, les dirigió una sonrisa de las más graciosas y volvió á instalarse en el canapé, prosiguiendo

en estos términos:

-Debierais haber conocido en mi acento que, aunque hable vuestro idioma tan bien como vosotros, no debía ser de vuestro querido París. En efecto, soy inglesa, pero me ha educado una institutriz francesa; me casé á los veinte años y desde entonces he vivido siempre en Francia. Mi padre, después de haber pasado la mitad de su vida recorriendo los países más retirados del Africa, y habernos dado obras muy apreciadas acerca del mismo, se decidió. ya que no podía hacer otra cosa, á descansar y vivir con su familia. Pero no pudo dejar de interesarse por las cuestiones que había estudiado durante tanto tiempo, y fué hasta su muerte uno de los socios más útiles á la Socieda d Geográfica de Londres. En nuestro salón, situado cerca de Piccadilly, han estado la mayor parte de los viajeros célebres de aquella época. Me acuerdo que siendo muy pequeña he jugado sobre las rodillas de Avermeg y de Speke, de haber sido abrazada por Richardson cuando se marchó para su expedición á Soudán, de haber llorado al oir la relación de su muerte, de la cual dudamos hasta el día en que nos la confirmaron en Barth. He conocido á Eduardo Vojel, asesinado traidoramente en el Wuday, á Schweinfurth, á Baker, á Brun Rollet y tantos otros cuyos nombres no podría citar, pero cuyo recuerdo guardaré siempre. Mi padre, más cosmopolita que inglés, en lugar de hacer que me retirase después de comer, me permitía quedarme en compañía de sus amigos. Todas las grandes cuestiones científicas que han asombrado al

mundo desde hace diez años se han discutido delante de mí por los hombres más autorizados á discutirlas.

No era sólo de ciencia de lo que se trataba; la esclavitud, esa plaga repugnante de Africa, y el comercio que continúa haciéndose con increfble actividad, eran con frecuencia el objeto de las conversaciones de los convidados y excitaban su indignación. Aún me parece estar oyendo una noche á Livingstone, cuando decía: «Mientras nosotros estamos aquí, contentos de vivir, rodeados de todo genero de comodidades, largas caravanas de esclavos se dirigen á los mercados de Khartoum, Zanzibar ó Temboucton. Van andando bajo los rayos de aquel sol tórrido, desnudos, rendidos de cansancio, muertos de hambre y de sed, atados por el cuello con una cuerda que lleva pêle-mêle hombres y mujeres, niños y viejos. Y cuando pienso que esos cautivos no son sino un número muy pequeño de las víctimas de tal comercio! En la caza del hombre, organizada en aquel suelo maldito, mueren millares de individuos de resultas de las heridas ó sucumben en los bosques, donde han logrado refugiarse. Los cadáveres y esqueletos que alli se encuentran, lo prueba.»

Yo escuchaba aquellas relaciones indignada, y no podía dejar de adivinar á aquellos hombres que pudiendo vivir en su patria ricos y honrados, pasaban su existencia en medio de aquellos climas mortíferos, desafiando todo género de peligros, sufriendo todos los males para hacer progresar la ciencia, é interesar al mundo en la santa causa de los oprimidos y las víctimas.

La señora de Guéran se detuvo, y bebió un sorbo de té, mientras que sus convidados guardaban un silencio profundo bajo el encanto y la conmovida voz de la baronesa. Habían encontrado entre todo el mundo parisién una mujer espiritual, distinguida y hermosa, y la habían amado por la perfección de sus facciones, la gracia de su sonrisa y la viveza de su imaginación; pero he aquí que de pronto aquel rostro se animaba con desconocido fulgor, se iluminaban aquellos ojos, crecía aquel espíritu y latía aquel corazón y resplandecía.

—No os asombrará, caballeros—repuso con voz más tranquila,—que colocada, como lo he estado, en medio de hombres como los que he citado, haya concluído por participar de sus ideas y su entusiasmo.

No os sorprenderá que os diga que llegué á enamorarme de uno de los amigos más asiduos de mi padre. El barón de Guéran era francés, y descendía del intrépido Reynaldo Caillé, el primer europeo que emprendió el peligroso viaje de Sierra Leona á Tánger y hoy ha entrado en Tembouctou. Por más que el señor Guéran no tenía aún treinta años cuando le ví por vez primera, había penetrado ya en el Africa Central y se había entregado á estudios importantes. Si no conocéis su nombre como geógrafo y explorador, es porque esperaba completar sus notas antes de publicarlas. Pero jayl no pudo terminar su obra.

Mi padre se oponía á que me casase con el barón; le estimaba y le amaba como colega; pero le temía como yerno. Su afición á los viajes y los viajeros disminuía cuando se trataba de mí. Ten cuidado-me decía sin cesar, -que el amor de los viajes, y hablo por experiencia, hace olvidar al hombre mejor del mundo todos los demás amores y los deberes de la familia. Desconfía; tu marido puede habituarse á adorarte de lejos. Estarás muy orgullosa de que sea tuyo, pero serás muy pocas veces feliz á su lado; tu vida transcurrirá en la espera y el temor.-No lo creáis, padre mío, yo respondo del señor de Guéran.—¿Crees que te sacrificará sus proyectos y vivirá siempre á tu lado?-No, padre mío, ni tampoco yo se lo exigiría; pero viajaré con él. Estoy dispuesta á participar todo; sus descubrimientos y le repetiré las palabras que decía á su marido nuestra amiga, la señora de Baker: «Iré con vos á cualquier parte donde vayáis. La tierra donde muráis me verá morir y me enterrarán con vos.»

Por fin, tuvo que consentir en que me casase con él y vinimos á vivir á París. Durante dos años no se justificaron los temores de mi padre. No parecía que el barón tuviese el menor deseo de viajar. Se había dormido en las delicias de Capoue, y yo me dormí también gustosa. Pero jay! que el despertar fué terrible! Me voy á Africa, me dijo un día. En aquellos dos años había olvidado el Africa, el comercio de negros, la esclavitud, la ciencia, y no creía más que en el amor.

Pero ya puede suponerse que habiéndome despertado sobresaltada, me acordé de las palabras de la señora de Baker, y no se las dije á mi marido. Desde entonces no tenía más que una idea: no cambiar nada en mi vida, no comprometer en modo alguno mi dicha, no dejar nada á la casualidad ni á lo imprevisto. Hice todos los esfuerzos que imaginarse pueden para persuadir á mi marido que las tribus de Africa no le necesitaban para nada, que la Sociedad Geográfica podía pasarse sin sus luces, y que la ciencia progresaria sin su ayuda. Pero no pude convencerle; aprovechó un viaje que hice á Inglaterra para correr á Marsella y embarcarse, sin decirme de una manera precisa el objeto de su nueva expedición. «Hubierais querido seguirme-me escribía-y no podía aceptar vuestro sacrificio, pero no tengáis la menor inquietud, mi viaje será de corta duración.» Al principio esperé. ¿A qué lado iba á dirigirme? Confiaba siempre que no tardaría en volver, como me lo había prometido. Cansada de esperar, iba por fin á ponerme en camino cuando el Cónsul de Francia en el Cairo me anunció la muerte del barón de Guéran.

He aquí mi vida, caballeros; ahora ya me conocéis, y pensaréis tal vez que os he hablado demasiado de mí misma. Pero tranquilizáos, ahora voy á hablar de vosotros. Otra taza de té y empiezo.

III

—Ya estáis suficientemente ideificados acerca de mí—dijo con tono más sereno al cabo de un momento.—Conocéis perfectamente mis antecedentes, pero no creo que os hayan asustado y continuáis manteniendo vuestra candidatura. Sea. Entonces, permitidme que una vez que me he descubierto á vuestros ojos, os descubra á vosotros.

Aquellos jóvenes se disponían á hablar.

-Esperad-les dijo apresuradamente, -no os pido confidencias; serían completamente inútiles. Hace seis meses que pido informes vuestros, os estudio y os conozco. Esto os adula, ¿no es cierto? Pero no vanagloriaros demasiado pronto; estáis muy lejos de figuraros el pensamiento que me ha guiado y el fin de mis investigaciones. Hablemos primero de vosotros en general, caballeros. Todos tenéis de treinta á treinta y cinco años, la mejor edad para casarse; sobre este punto estoy satisfecha. No sois-continuó riendo-ni muy guapos chicos ni muy feos: lo que debe desear una mujer sensata, cuando piensa en elegir un dueño, es ese término medio. Cada uno de vosotros tiene una fortuna considerable, lo cual